El cristianismo que al abolir la esclavitud, predicó y estableció la igualdad entre los hombres, haciendo Madre de Dios á una criatura humana, establece y predica que no hay nobleza ni dignidad comparables con la dignidad y la nobleza de la humana estirpe.

Cuando los romanos no pudieron ya dedicar la actividad de su alma á las discusiones del foro, ni á los azares de sus conquistas, se entregaron sin freno á los goces materiales, porque no sabían concentrar la vida en el interior; porque no tenían conciencia de su grandeza propia; porque el hombre de aquella civilización no sintió jamás los estímulos íntimos de la nobleza personal.

Pero el Cristianismo es un Dios que penetra la humanidad para iluminarla y engrandecerla; es un Dios que eleva al hombre haciéndole divino; que Él mismo se transforma en hombre, para transformar al hombre en Dios... Prodigios de sobrenatural exaltación que no los realiza ni perpetúa por ministerio de ángeles, sino



elevando á la categoría de Madre suya á una hermana nuestra, á una hija de Adán. Esta criatura será la perfección humana, el dechado de toda virtud, el grado supremo de toda nobleza, la cima, la cumbre más alta del honor. Colocada en medio de los siglos, la humanidad podrá elevarse hasta Ella para librarse de las devastaciones de la corrupción. Descendiente de Adán, será siempre la gloria de la raza humana; espejo sin mancha de las perfecciones divinas, el hombre verá en Ella á su Dios; Madre del Verbo humanado, unirá con indestructible vínculo el cielo con la tierra; y Madre de los hombres, llevará al corazón de sus hijos las energías, el calor, la luz del Cristianismo.·.. Y las sociedades cristianas brillarán con los esplendores del sol de la verdad, y el mundo, señores, verá en fin, cuán hermosa y cuán fecunda es la civilización de la cruz.

Recordad, ilustres académicos, la pujanza de aquella Europa que domina á los Bárbaros, domeña su furor, rinde sus armas, y ganándoles

al Evangelio, les impone el yugo de la fé...; aquella Europa que lucha con denuedo invencible contra la barbarie agarena y no cede en su bélico afán hasta ver sumergida la media luna en las ensangrentadas aguas de Lepanto...; aquella Europa de las Cruzadas.....

Recordad aquellos tiempos caballerescos en que el culto de María no solamente inspiraba heroísmo; sino que era el manantial donde bebían su inspiración los sabios, los poetas, los artistas...

¿No son aquellos los tiempos en que el pensamiento humano ha alcanzado mayor elevación? No son aquellos los tiempos de San Anselmo, de Santo Tomás, de San Buenaventura; de Suárez, Belarmino, Pascal, Descartes, San Bernardo, Santa Teresa de Jesús!...

¿No es aquella Europa de María la que levanta las catedrales de Colonia, de Strasburgo, de León, Sevilla, Amiens, Chartres, Reims...; la Europa de Rafael, de Miguel Angel, de Corregio, Palestrina, Herrera?...



Virgen Inmaculada: roto el lazo de la fé que establecía una confraternidad verdadera entre los antiguos pueblos cristianos, en vano los cables submarinos enlazan hoy á las naciones más apartadas, formando al rededor de la tierra, como para aprisionarla, una inmensa red de hierro. La refinada barbarie de la sociedad moderna no respeta las cadenas de la electricidad; antes bien se sirve de ellas como de látigos para flagelar el derecho de gentes, el derecho universal escarnecido hoy como en ninguna época de la historia. Vuelve, Señora, á imperar en el mundo el derecho del más fuerte. Después de tantos siglos de cristianismo, otra vez resuena, con fatídicos ecos, en la historia moderna, el *Væ victis* con que los pueblos más pujantes desdeñan y abaten á los que no tienen más escudo de defensa qne la justicia y la ley. Bajo la pesadumbre de la iniquidad han quedado aplastados

pueblos de legendario heroismo; y en una hora, en un momento, hemos visto perecer ahogada en sangre una dinastía, sin que la brutalidad del crímen arranque la más débil protesta del seno de esta corrompida civilización.

Soberana Señora, piedad; compadécete de estos pueblos en los que siempre tuviste el trono más alto y la soberanía más absoluta. Reina de nuevo en Europa. Haz que Inglaterra, la antigua *isla de los Santos* vuelva pronto al hogar de la fé; que lleve Alemania sus filósofos al pie de tus altares, para que busquen, junto al *trono de la Sabiduría*, la sabiduría verdadera; que no olvide Austria aquel pasado glorioso en que sus héroes hnmillaban al turco en las murallas de Viena, dando al catolicismo, con sus victorias, fiestas conmemorativas como la de tu Dulce Nombre; que Italia recuerde cuánto debe á la Iglesia y al Pontificado; que Francia, la *cristianísima* Francia, abandone los caminos de la persecución... Y, sobre todo, Madre mía, que España, tu pueblo predilecto, torne á ser en



Europa el heraldo de la fé y el baluarte del catolicismo. Y si con tu nombre en los labios se cubrieron los españoles de gloria, en las edades pasadas, que tu nombre sea de nuevo para los hijos de esta nación empobrecida y humillada, manantial de dichas inefables, en el tiempo y en la eternidad.

AMEN.

---